

DESDE la mañana, empecé a recibir *whatsapp*s con una mano derecha de color lila y una leyenda: «No más violencia de género». Agregaba: «Reenvíalo». No sé cuántos reenvié a amigas mías, como se cumplen esos rituales más por compromiso que por convicción: no son mis amigas, precisamente, quienes necesitan esta conciencia. A la noche,

descubrir, después de muchos años, que la esposa de un amigo mío había sido maltratada en silencio por un editor simpático, culto y adicto a la bebida, o que otra, periodista, había tenido que cambiar de domicilio ante el perverso acoso de un amante despechado. Las apariencias siempre lo ocultaban. Otra, médica, había tenido que pedir la baja y luego el

pero no lo conozco, porque ellos no se delatan, son hipócritas, simpáticos y jamás abordan el tema. Es más: la crónica policial rebela que muchas veces, luego de matar a su ex pareja, colaboran con las pesquisas diligentemente.

Entonces tuve que enfrentarme a mi realidad: si no reenvié el mensaje simbólico a ningún hombre fue por malestar. No el mío, el de los hombres. Los hombres (me refiero a los no maltratadores) suelen sentirse muy incómodos con el tema, como si de alguna manera les concerniera. El sexo, el género es una identidad tan adherida a su conciencia y a su pene que hablarles de un hombre específico es hablarle de todos los hombres. Especialmente si lo hace una mujer, porque entre ellos no lo hablan. A veces van a alguna manifestación (especialmente si se trata de un pueblo pequeño donde su ausencia sería notoria) pero si los medios los interrogan, hacen el gesto de locura: seguramente el agresor era un buen hombre que sufrió un acceso de locura momentáneo, porque siempre fue *normal*. Esta estupidez, la de la *normalidad* de los agresores, es la excusa más fácil. Pero en cierto sentido corres-

ponde a la realidad: para muchos, sexo y violencia son normales, un ejercicio de autoridad.

Mientras verificaba que antes de terminar el año 48 mujeres han sido asesinadas por sus hombres, y muchas malheridas, me preguntaba qué haría una sociedad con un grupo terrorista que hubiera matado solo en un año a esa cantidad de personas. Se protegería, intentaría erradicarlos, encerrarlos, controlarlos.

Cada vez que una mujer muere a manos de su pareja, los medios especifican si hubo o no denuncia. Ay de las que no han denunciado previamente: suya es la culpa. ¿Y las que habían denunciado? Bueno, me diría un hombre, es que hay muchas denuncias falsas. Inmensa mentira. Las denuncias falsas son sólo el 0,01%. Otra encuesta me resulta más espeluznante aún: el Instituto de la Mujer interrogó a un grupo de hombres acerca de qué harían si uno de sus amigos maltrata a su mujer. El 77% respondió que no intervendrían, que era un asunto privado. La solidaridad de género por encima de la justicia. Y no faltará quien diga que **Lucrecia Borgia** también era asesina. Qué sería de los machistas sin ella.

BULEVAR

CRISTINA  
PERI ROSSI



## El otro terror

con la mensajería y el buzón llenos, me di cuenta de que no había enviado ninguna de las manos ni de los lazos lilas a una dirección masculina. Me pregunté si alguna de mis remitentes lo habría hecho.

¿Por qué no lo hice? Es fácil creer que no conozco a ningún hombre maltratador; sin embargo, la vida me ha dado algunas sorpresas:

traslado de hospital, ante las amenazas de su ex, pero ella misma lo protegía, diciendo «creo que tuvo una infancia muy desgraciada». Yo le dije: «Es difícil que haya sido más desdichada que la mía, y sin embargo, jamás he golpeado ni perseguido a nadie».

Por tanto, no me valía la excusa de no tener un amigo maltratador. Seguramente lo tengo,

EL MUNDO, Barcelona, 23 noviembre 2015